

SOCIEDAD, IDEOLOGÍA Y ENTORNOS CONSTRUIDOS DURANTE LA PROTOHISTORIA DEL ORIENTE MESETEÑO: EL CASO DE EL CEREMEÑO DE HERRERÍA

SOCIETY, IDEOLOGY AND CONSTRUCTED ENVIRONMENTS DURING THE PROTOHISTORY OF THE EASTERN MESETA: EL CEREMEÑO DE HERRERIA AS A CASE STUDY

J. A. ARENAS ESTEBAN (*)

RESUMEN

La aplicación de esquemas teórico-metodológicos aportados por la Arqueología del Paisaje está dotando a los estudios sobre el mundo prerromano peninsular de unas herramientas de gran utilidad para aproximarnos a los patrones de racionalidad imperantes en aquella época. No obstante, estos planteamientos todavía no han encontrado un eco sustancial en la investigación sobre las culturas prerromanas del Oriente de la Meseta, donde las excavaciones y prospecciones desarrolladas en los últimos años están aportando un volumen de información especialmente valioso para acometer este tipo de análisis. Por esta razón, el presente artículo se centra en una lectura de la dimensión social y simbólica de los sucesivos entramados urbanos documentados en el poblado pre-romano de El Ceremeño de Herrería (Guadalajara, España). Se analiza la configuración de los distintos espacios allí construidos, considerando primero las relaciones estructurales y funcionales que las distintas construcciones guardan entre sí dentro del asentamiento, y analizando más tarde las que éste guarda con otros enclaves del entorno.

ABSTRACT

The current application of theoretical and methodological schemes coming from Landscape Archaeology provides the investigation of the pre-Roman world of the Iberian Peninsula with some useful tools for the reconstruction of the rationality patterns prevailing in that period. However, this perspective has not yet found a substantial echo

among the scholars working on the Protohistoric cultures of the Eastern border of the Spanish plateau, where recent excavations and surveys provide particularly valuable evidence for undertaking this line of research. Therefore, this paper focuses on the analysis of the social and symbolic meaning of the successive urban layouts of the pre-Roman settlement of El Ceremeño at Herrería (Guadalajara, Spain). The configuration of the different spaces built there is analysed, first by considering the structural and functional relationship of the different buildings within the settlement, and later by examining the relationship of the settlement itself with other settlements in the same environment.

Palabras clave: Edad del Hierro. Meseta ibérica. Paisaje cultural. Entorno construido. Espacio doméstico. Sociedad. Ideología.

Key words: Iron Age. Iberian plateau. Cultural landscape. Built environment. Domestic space. Society. Ideology.

En la década de 1980 se empezaron a aplicar en nuestro país los análisis espaciales a partir de criterios proporcionados por la Nueva Arqueología. Esta perspectiva dotó a los estudios pre y protohistóricos peninsulares de unos contenidos novedosos, pero con unas posibilidades que el tiempo y la experiencia han mostrado limitados.

Quizá como consecuencia de esto último, se han abierto nuevas líneas de trabajo basadas en “otra” Arqueología del Espacio, no tan preocupadas por medir distancias e intervisibilidades, sino en captar las posibles formas de entender el espacio —no el nuestro, sino el de aquellos que en su día lo ocuparon. Desde esta óptica, este parámetro pierde su dimensión estrictamente matemática y se convierte

(*) Centro de Estudios de Molina y Alto Tajo. Jaraba, 15, 2.º D, 19004 Guadalajara (España).
Correo electrónico: arenaesteban@telefonica.net
Recibido: 14-VI-2006; aceptado: 2-I-2007.

en un fenómeno que atañe directa y exclusivamente a las personas. Su característica fundamental es, por lo tanto, que está humanizado y, como tal, pasa a convertirse en un *paisaje cultural*; en una entidad de naturaleza cambiante en virtud de los códigos semánticos que el ser humano imprime al medio físico que comparte con otros seres vivos.

Aquellos paisajes culturales estuvieron configurados por hitos delimitadores de naturaleza tanto conceptual como física. Los primeros son difíciles de abordar desde la arqueología pues carecemos de los sujetos protagonistas del hecho cultural, cuyos comportamientos cotidianos pudiesen aportar información sobre los significados de los diversos signos y conceptos simbólicos que mediatizaron sus vidas. Pero los segundos, los de naturaleza física, son más accesibles a nuestro conocimiento ya que poseen una dimensión material que, al menos en parte, puede haber llegado hasta nosotros a través del registro arqueológico.

Dentro de los hitos físicos a los que me he referido, los *entornos construidos* ocupan un lugar esencial. En primer lugar porque son recuperables e inteligibles para la investigación arqueológica; en segundo, y esto es lo más importante, porque son el escenario “en el que” y “desde el que” se articulaban todos los comportamientos que han dado lugar a la fisonomía específica de cualquier paisaje cultural del pasado.

En el ámbito anglosajón estos criterios se vienen aplicando, desde una perspectiva básicamente antropológica, hace varias décadas. Las iniciativas al respecto son abundantes (Douglas 1972; Ingold 1992), pero bajo mi punto de vista, una de las contribuciones más decisivas es la de A. Rapoport, quien a través de diversos trabajos (Rapoport 1993, 1998) ha abordado el tema del espacio construido de una forma amplia e interdisciplinar.

Para este autor, las múltiples formas mediante las que se organiza el espacio deben ser entendidas como expresiones físicas de esquemas cognitivos que preceden a su plasmación material; los emplazamientos –*settings*– y sus entornos construidos (1) –*built environments*– son, por lo tanto, imaginados

antes que materializados. Desde esta perspectiva, el término *emplazamiento* no ha de ser entendido como una entidad estrictamente física, sino como un constructo cultural formado por un entorno –físico– vinculado a “*Sistemas de Actividades*” (2) y estructurado por unos códigos reguladores del comportamiento social pertinente. Estos emplazamientos están conectados de múltiples formas tanto en el espacio como en el tiempo, configurando lo que al autor denomina “*Sistemas de Emplazamientos*”; unas entidades de marcado carácter polisémico en virtud de la diversidad de formas mentales de construir el espacio –a su vez dependientes de diferentes prioridades, como son por ejemplo, las de propiedad o control de recursos, accesibilidad a extraños, grado de aislamiento, etc. Una vez organizados, esos esquemas mentales pueden ser expresados a través de medios físicos, dando como resultado los entornos construidos y, con ellos, la arquitectura. En este contexto, el estudio del *espacio doméstico*, de lo que comúnmente conocemos como vivienda, queda supeditado al análisis de los específicos sistemas de actividades que alberga, ya que un mismo edificio, incluso una misma estancia, puede ser utilizado de forma diferente y tener un significado distinto en diferentes momentos –incluso a lo largo del mismo día–, llegando así a manifestarse como un sistema de emplazamientos específico. En tales casos, no sólo los individuos, sino también la materia tanto en su dimensión arquitectónica –*elementos traza fijos*– como artefactual –*elementos semi-fijos*– actúan como códigos que transmiten los comportamientos apropiados. Éstos últimos, los elementos semi-fijos –accesorios tanto interiores como exteriores: señales, plantas, elementos de personalización, mobiliario, etc.– adquieren una enorme importancia dado que al ser móviles e intercambiables permiten, primero, una manipulación más directa a la hora de definir tipos de actividad y emplazamiento específicos y, segundo, responden más fácil y rápidamente a los cambios sociales y culturales.

Estos planteamientos reclaman un giro en los presupuestos teóricos y las estrategias metodológicas de la investigación arqueológica ya que, entre otras cosas, establecen de forma incontestable que no podamos asumir *a priori* la naturaleza y alcance del espacio construido porque, según cambian las reglas culturales, también lo hacen las activida-

(1) En los trabajos de Rappaport el término entorno construido se aplica en un sentido un tanto restrictivo, ya que alude casi invariablemente a las creaciones arquitectónicas. No obstante, para casos como el que nos ocupa, producto de sistemas socioeconómicos de tipo campesino, sería conveniente incluir en esta categoría no sólo el poblado y las construcciones que lo configuran, sino todas aquellas alteraciones físicas, deliberadas o no, que pudieran haberse producido en su entorno como resultado del ejercicio de distintas actividades –productivas, geoestratégicas, simbólicas, etc.–.

(2) Término utilizado por Rappaport para referirse a las diferentes secuencias de movimientos y acciones emprendidas dentro de un conjunto de actividades.

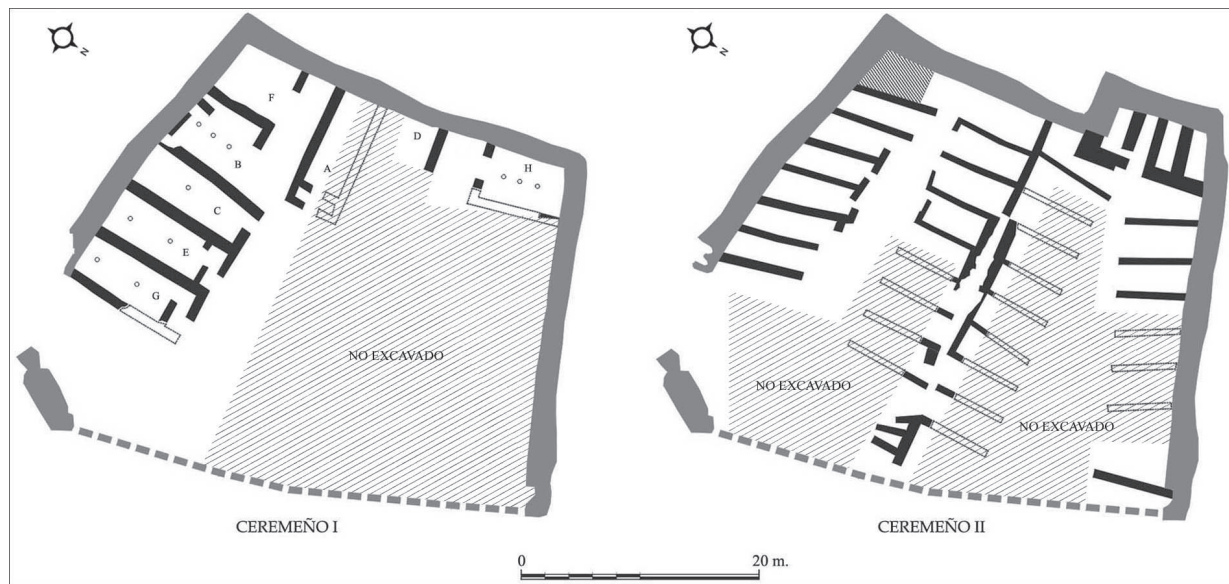


Fig. 1. Plantas de las dos fases de El Ceremeño (a partir de Cerdeño y Juez 2002, Figs. 40 y 53).

des asignadas a los distintos emplazamientos que engloba. Y de la misma forma, tampoco podemos establecer de forma directa y unívoca una equiparación entre edificio y vivienda aún en el caso de que ambos puedan presentársenos como tales en su morfología externa.

Este enfoque teórico ya ha sido adoptado por un sector de la investigación arqueológica (Kent 1993; Sanders 1993; Barret 1999; Parker Pearson y Richards 1999a, 1999b), pero la Arqueología hispana, agobiada por el peso de la tradición historicista, es todavía poco receptiva a líneas de trabajo como las arriba comentadas; líneas que, en definitiva, intentan comprender cómo fueron los entornos humanos del pasado, los mecanismos que hicieron posible su percepción, las reglas sociales y simbólicas que les dieron forma y a las que dieron forma. No obstante, en los últimos años han empezado a publicarse en nuestro país trabajos que vienen a paliar en cierto modo estas deficiencias (Criado 1993, 1999; Hernando 1999; Ortega 1999a; Parcero 2002; Ayán 2003). Y hablo de deficiencias porque desde esta nueva perspectiva el análisis arqueológico tiene una proyección práctica que reporta resultados de un tremendo interés, como puede percibirse en las publicaciones hasta ahora reseñadas.

Siguiendo la línea de razonamiento arriba esbozada, voy a trabajar sobre el recientemente publicado poblado protohistórico de El Ceremeño de Herrería (Cerdeño y Juez 2002), analizando diversos

detalles que en el mencionado trabajo han sido poco desarrollados. Con ello pretendo profundizar en ciertos aspectos de índole social e ideológica con la intención de establecer una sintonía con algunos de los parámetros en los que se mueve la investigación arqueológica actual y, sobre todo, poner de relieve una serie de fenómenos que han pasado totalmente desapercibidos para la arqueología protohistórica del extremo oriental de la Meseta.

Según la publicación disponible, en El Ceremeño se han puesto al descubierto los restos superpuestos de dos poblados de la Edad del Hierro: el más antiguo –Ceremeño I– datado por radiocarbono a mediados del siglo VI a.C.; el más reciente –Ceremeño II– datado por sus excavadoras en el siglo V a.C. (Cerdeño y Juez 2002: 24). No obstante creo que esta secuencia ha de ser matizada. En primer lugar, porque una buena parte del material arqueológico con el que han sido relacionadas la mayoría de las estructuras identificadas como Ceremeño II queda perfectamente encuadrado en un horizonte cronológico situado a lo largo de los siglos III y II a.C., ya detectado en otros enclaves excavados sistemáticamente como El Palomar de Aragoncillo o La Torre de Codes (Arenas 1999a). En segundo, porque con anterioridad a esta última fase habría que insertar una intermedia entre el siglo V-IV a.C. reconocible no sólo en la comparencia de algunos materiales arqueológicos datables en aquella época, sino también en la presencia

de algunas estructuras –sobre todo en la zona del acodo de la muralla– que no mantienen relación estructural alguna con los entramados constructivos de la primera y última fases de El Ceremeño.

Uno de los aspectos más interesantes de este yacimiento es que, al menos por lo que respecta a las fases de ocupación publicadas, ofrece dos conceptos urbanísticos y constructivos completamente distintos (Fig. 1) que, como a continuación se argumentará, pueden ser vinculados a diferentes modelos de organización social y, por extensión, de entender el mundo circundante.

Además, la excelente conservación de los restos mobiliarios de Ceremeño I, motivada por el incendio generalizado que destruyó el asentamiento, permite hacer precisiones sobre su articulación funcional y establecer un primer contacto con el concepto simbólico del espacio que desarrolló la comunidad allí residente.

1. EL CEREMEÑO I: UN ENTORNO CONSTRUIDO

1.1. La diversidad arquitectónica

Un primer aspecto que reclama nuestra atención es la variedad morfológica de las construcciones que configuran la primera fase de ocupación del asentamiento. Por más que sus excavadoras las identifiquen invariablemente como “viviendas” (Cerdeño y Juez 2002: 34), el análisis exhaustivo de su configuración indica una diversidad funcional que rebasa en mucho la meramente habitacional.

En la figura 2 se valoran una serie de parámetros que permiten establecer claras diferencias entre las distintas estructuras; unas diferencias que, no obstante, podrían quedar matizadas al considerar la existencia de puertas u otro tipo de barreras realizadas en materiales perecederos cuyo rastro podría no haber llegado hasta nosotros:

En primer lugar, y aunque en general el recorrido de acceso a las estancias es directo, conseguido a través de una simple abertura en sus muros frontales, en las “Viviendas E y G” observamos que es necesario efectuar un recorrido en zig-zag. Este hecho tiene una doble significación: por una parte, contribuye a mejorar las condiciones de habitabilidad de estos espacios, reduciendo el efecto de los agentes atmosféricos en su interior; por otra, les proporciona un alto grado de privacidad, ya que el acceso indirecto elimina cualquier posibilidad de

visualización desde el exterior, de la misma forma que tampoco el exterior es visible desde dentro. Este rasgo sugiere que fueron habitáculos especialmente concebidos para favorecer el aislamiento tanto visual como físico del resto de los elementos constitutivos del poblado.

De la misma forma, al considerar la anchura de las entradas se observa que, si bien en muchos casos son angostas, las “Viviendas B, F y H” muestran un amplio vano que además de reducir su grado de aislamiento, supone un serio menoscabo de sus condiciones de habitabilidad, pues las deja prácticamente desprotegidas de los agentes atmosféricos. Estas amplias aberturas no son fortuitas, y es lícito pensar que sus dimensiones obedecen a una necesidad de maniobrabilidad necesaria, bien para el tránsito de personas, bien para el manejo de elementos de gran volumen y/o la manipulación de ganado, con todas las operaciones que su mantenimiento requiere.

Por otra parte, la contrastación de los campos visuales de cada una de las construcciones también proporciona datos relevantes:

a) El examen del campo visual exterior abaricable desde el fondo de las estancias muestra que algunas de ellas contaron con una buena accesibilidad óptica a la zona abierta situada en el centro del asentamiento, mientras que otras carecen por completo de ella.

b) El análisis de los campos visuales del interior de las estancias abaricable desde su umbral de entrada arroja diferencias todavía más significativas, pues mientras una buena parte de los habitáculos mantuvieron visible la práctica totalidad de su interior, en las “Viviendas G y E” tal circunstancia fue imposible gracias a la entrada en acodo con que fueron dotadas.

Puede advertirse, por lo tanto, que al considerar los campos de visión específicos de las diversas estancias en combinación con sus circuitos de acceso y la amplitud de sus entradas, emergen dos estructuras, las “Viviendas G y E”, que mantienen una diferencia básica con el resto de construcciones: son habitáculos en los que el aislamiento a todos los niveles parece ser un recurso deliberado, buscando probablemente un alto grado de privacidad requerido por el tipo de actividades que se llevaron a cabo en su interior; una privacidad que fue innecesaria en el resto de las construcciones a las que estos dos espacios se encuentran asociados, por más que todos ellos hubieran estado dotados de puertas u otro sistema de cierre.

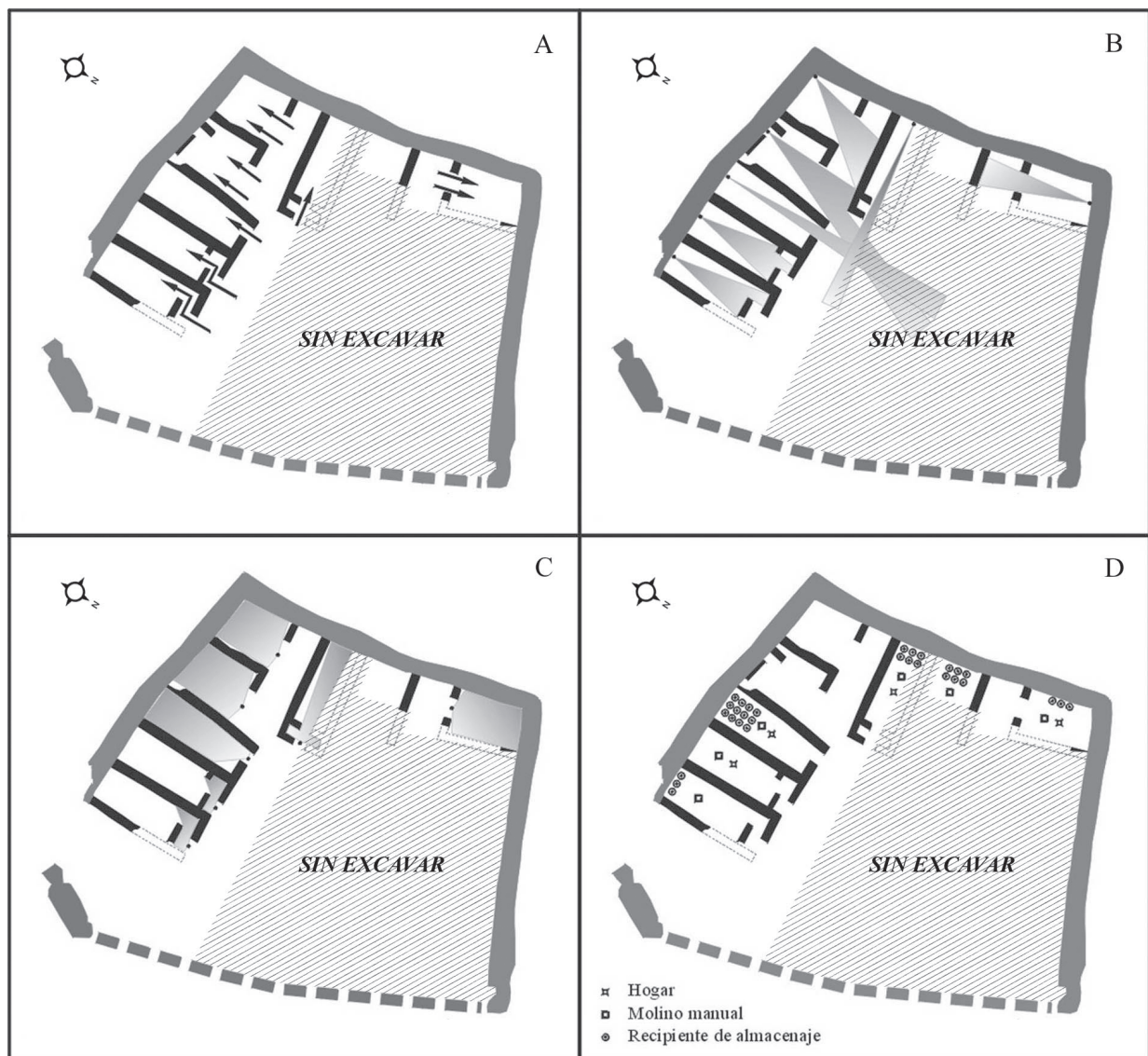


Fig. 2. Parámetros constructivos valorados en la fase Ceremeño I: A) Recorridos de acceso y amplitud de las entradas; B) Campo visual exterior desde el fondo de los habitáculos; C) Campo visual de los interiores desde el umbral de entrada de las estancias; D) Distribución de los equipamientos materiales más significativos.

1.2. Las distribuciones de materia

Otro de los aspectos a valorar es que en la fase Ceremeño I el contenido material de los distintos habitáculos no es ni mucho menos homogéneo. Si atendemos a la figura 2d, observaremos que mientras que algunos albergaron un voluminoso equipamiento doméstico constituido por recipientes de almacenamiento, de cocina y vajilla de mesa, otras apenas contenían unos pocos fragmentos cerámicos muy deteriorados.

Entre estas últimas, cabe incluir las “Viviendas B y F” donde el material, además de ser escaso, muestra un alto índice de fragmentación. Estos rasgos, unidos a la amplitud de sus entradas, hace pensar que, más que áreas de vivienda, fueron espacios dedicados a la estabulación de animales o el almacenaje de diversas materias como, por ejemplo, pudieron ser provisiones de leña o forraje. A favor de esta interpretación habla precisamente el aludido deterioro del material arqueológico, que remite a un comportamiento muy característico de las econo-

mías campesinas vigente hasta hace muy poco tiempo en la zona de estudio: el vertido de los detritus domésticos en la zona de corral, donde los animales procesan la materia orgánica para más tarde, cuando se limpia la cuadra, trasladar todo –los restos inorgánicos mezclados con el estiércol– a los campos de cultivo circundantes como abono.

Entre las estancias dotadas de conjuntos mobiliarios “coherentes” también se detectan diferencias. Alguna de ellas parece tener un mobiliario de evidente carácter utilitario:

– Las “Viviendas G y E” han aportado poco material cerámico que, cuando comparece, se restringe a contenedores de tamaño mediano-grande. En primera instancia, cabría interpretarlas como áreas dedicadas a descanso, reunión y cobijo en general, sobre todo al considerar su ya comentado alto grado de privacidad y que fueron dotadas de hogares que, además de un uso culinario, pudieron haber tenido una función termorreguladora. No obstante, esta propuesta choca con los datos proporcionados por los análisis químicos efectuados en la “Vivienda E”, donde los altos índices de materia orgánica y elementos como fósforo, potasio y calcio han sido relacionados con la presencia de estiércol y, por lo tanto, con un área de establo. Pero existen argumentos para poner en duda esta interpretación, ya que resulta difícil admitir que los habitantes de Ceremeño I estuviesen tan faltos de espacio como para verse obligados a convivir con animales en un espacio de 47 m², exponiéndose así a la insalubridad que sin duda acarrearía un contacto tan íntimo con aquellos. Además una angosta entrada en acodo como la de esta vivienda no es precisamente el tipo de acceso más apropiado para el tránsito de ganado, de modo que el autor de los análisis químicos puede estar en lo cierto al admitir la posibilidad de contaminaciones procedentes del nivel superior (Valdés 2002, 160-162).

– La “Vivienda C” es un caso muy peculiar, pues además de un hogar, contenía un molino manual junto a un gran número de recipientes cerámicos de variado formato empleados como contenedores, menaje culinario y servicio de mesa, a los que habría que unir otros elementos como son dos fíbulas de bronce y el eje de una madejadora. Este perfil plantea la interesante posibilidad de que nos encontremos ante un espacio preferentemente dedicado a la preparación y consumo de alimentos. Apoyando esta interpretación tenemos dos detalles: en primer lugar, que es éste el ámbito del asentamiento donde mayor variedad de productos agrícola-

las se han registrado, incluyendo especies como mijo, trigo, cebada y bellotas (Arnanz 2002); en segundo, que ha proporcionado recipientes de cierre hermético –urnas de orejetas– aparentemente importados desde Levante que, como ya se ha indicado en otras ocasiones (Arenas 1999b: 302), pudieron haber contenido productos alimenticios –salazones, preparados de baja densidad como el garum, etc.– consumidos de forma ocasional.

– El contenido de las “Viviendas A y D” no es tan explícito como el de las anteriores. La presencia de hogares, zonas de despensa y molinos indica que estamos ante ámbitos en los que se hizo fuego a la vez que se almacenaron y procesaron determinados alimentos, sin que por el momento existan datos para decantarse por una función estrictamente habitacional u otra relacionada con algún tipo de actividad productiva específica. No obstante, la presencia de un punzón de bronce en el primero y de una fíbula en el segundo hacen pensar que fueron espacios en los que se desarrolló una activa vida doméstica.

– Por último, el hecho de que sean las “Viviendas B y F” los únicos espacios donde no se han documentado elementos de molienda vuelve a singularizarlas del resto de las estructuras de la fase, reafirmando la idea de que albergaron actividades diferenciadas de las desarrolladas en los otros espacios, y cuya naturaleza es por ahora difícil determinar a través del registro arqueológico.

Por otra parte, hay que comentar que en algunos puntos del asentamiento los mismos elementos materiales, que en otras dependencias indican actividades de carácter práctico, comparecen a través de unas combinaciones funcionales y numéricas que no dejan de resultar llamativas. Si a esto unimos su asociación a elementos de dudoso carácter utilitario, habremos de empezar a pensar en actividades alternativas a la estrictamente doméstica. Éste es el caso de la “Vivienda H”, cuyo contenido será analizado en el epígrafe siguiente. Pero baste decir por ahora que ha proporcionado dos soportes calados que, al menos en otros contextos protohistóricos, sirvieron para quemar sustancias aromáticas (véase el ejemplo de Capote: Berrocal-Rangel 1994: 196). De corroborarse esta aplicación tendríamos en El Ceremeño I un nuevo elemento que no sólo diferenciaría esta construcción del resto de los edificios integrados en el asentamiento, sino también un nuevo parámetro que incluir en el registro arqueológico de la Edad del Hierro regional: *el olor*; un componente que no se ha detectado en nin-

gún otro lugar del asentamiento y que allí fue utilizado de forma intencionada.

La conclusión inmediata que se desprende de este somero análisis es que resulta evidente que no todas las estructuras analizadas fueron viviendas o, mejor expresado, unidades de habitación independientes. Este hecho revela que, en el plano espacial, la vida cotidiana en Ceremeño I no estuvo organizada de forma tan uniforme como sus excavadoras interpretan (Cerdeño y Juez 2002: 34 y s.s.). Al contrario, se percibe una compleja organización mediante la que la morada de un grupo familiar habría estado compuesta por diversos habitáculos con funciones específicas y diferenciadas: algunos pudieron ser espacios de cobijo, descanso o reunión; otros áreas de preparación y consumo de alimentos, y otros entornos de significado económico, fundamentalmente establos y/o almacenes de materias como la leña o el forraje para los animales. Por último, la denominada “Vivienda H”, quizá posea un significado mucho más novedoso para la arqueología protohistórica de la Meseta oriental, que bien merece un comentario pormenorizado.

1.3. La actividad ceremonial

La “Vivienda H” de El Ceremeño: una construcción con la entrada orientada al Sur y situada en el ángulo noroeste del asentamiento; un espacio, no obstante, con malas condiciones de habitabilidad dada la elevada exposición a los agentes atmosféricos que provoca su amplia entrada; un ámbito, por último, donde se han efectuado análisis químicos cuyos resultados son “difíciles de explicar” (Valdés 2002: 165), ya que aparentemente no cuadran con los obtenidos en otras zonas del asentamiento por las siguientes razones:

- Indican una mayor presencia de materia orgánica respecto a los otros espacios analizados.
- En la parte central de la estancia delimitan una zona de hogar donde se acumularon restos orgánicos no totalmente quemados.
- Señalan igualmente, en un área más cercana a la entrada, una zona rica de materia orgánica cuyo origen no parecen ser ni el fuego ni la acumulación de estiércol.

Como se ha dicho, los autores no encuentran una fácil explicación satisfactoria para este perfil químico, y prefieren dejar el tema en suspenso. No obstante, lo que es cierto es que en la “Vivienda H” se hizo fuego y se depositó materia orgánica en

cantidades anómalamente elevadas. Y si además tenemos en cuenta que la combinación de elementos mobiliarios que lo integran (Fig. 3) aporta un ambiente en absoluto parecido al que han proporcionado el resto de las estructuras de esa misma fase, empiezan a aparecer elementos en cierto modo aclaratorios.

Un primer detalle a considerar es que gran parte de este material se encontraba depositado sobre un banco de tierra compactada. Pero lo realmente interesante son, en primer lugar, las asociaciones numéricas existentes dentro del conjunto cerámico: cuatro copas, cuatro platos y cuatro urnas de tamaño medio. En segundo lugar, resulta muy elocuente que estos elementos correspondan básicamente a vajilla de mesa y, por lo tanto, empleada para la presentación y/o consumo de alimentos. En tercer lugar, llama la atención la presencia de seis contenedores de tamaño medio repletos de bellotas, que por su escasa capacidad no parecen haber estado dedicados para el almacenamiento de provisiones de larga duración. Por último, hay que destacar la presencia de elementos relacionados con el fuego, como son los dos quemadores calados de tipo itálico, ya mencionados, y cinco morillos de terracota, cuatro de ellos de perfil prismático y dispuestos en semicírculo (3).

Estos datos, aún sumariamente expuestos, sugieren que nos encontramos ante un área de uso muy especializado y, más concretamente, de significado ceremonial. Esta propuesta puede resultar chocante, sobre todo considerando que, “según mandan los cánones”, en el interior de los asentamientos protohistóricos de la Meseta no deberían existir zonas de actividad religiosa. Pero si encontrásemos este tipo de evidencias en una necrópolis, sobre todo tal y como en El Ceremeño aparecen asociadas, nadie dudaría de su significado. Lo mismo ocurriría si nos situásemos en el ámbito de la cultura ibérica, y aún más si estuviésemos hablando de círculos culturales itálicos o helénicos.

Si se admite el carácter “anómalo” del contenido de la “Vivienda H” podremos también admitir que fue un ambiente en el que se depositaron ofrendas vegetales —y probablemente animales—, se llevaron a cabo banquetes rituales y se hizo un uso es-

(3) Las autoras identifican estos últimos elementos como pesas de telar, pero su disposición en semicírculo no es la propia de este tipo de mecanismos. Teniendo en cuenta que se hallaron *in situ*, si hubiesen formado parte de un telar vertical deberían haber quedado en línea recta por el simple efecto de la fuerza gravitatoria.



Fig. 3. Equipamiento material procedente de la "Vivienda H" (reorganizado por el autor a partir de Cerdeño y Juez 2002, Figs. 69, 70, 71, 72 y 73).

pecífico del fuego, ya que según indican los quemadores, además de ser utilizado con fines destructivos —en el caso de la inmolación de ofrendas— o culinarios —en el caso de estar ante un banquete—, se pudo utilizar para quemar sustancias en pequeñas cantidades; sustancias que es tentativo pensar fueron olorosas o tuvieron alguna propiedad curativa.

Los detalles específicos de las ceremonias llevadas a cabo en El Ceremeño, y sobre todo a qué o a quién iban dirigidos, son por ahora muy difíciles de determinar. No obstante, detalles como el emplazamiento marginal de la "Vivienda H", la amplitud de su acceso y la aparente anomalía de los signos de actividad cotidiana en su interior, podrían al menos estar indicando que se tratase de una actividad colectiva.

2. ESPACIO CONSTRUIDO Y TIEMPO

En el epígrafe anterior se han analizado algunos rasgos físicos delatadores de la complejidad que tanto a nivel funcional como conceptual puede tener un pequeño asentamiento como fue El Ceremeño I. Pero este fenómeno no cobra pleno significado hasta que se inserta en una escala espacio-tempo-

ral lo suficientemente amplia como para poder visualizar sus transformaciones y, por lo tanto, las eventuales variaciones en su trascendencia social y simbólica.

2.1. Mundo interior versus mundo exterior

Un rasgo que se va a mantener a lo largo de toda la secuencia de ocupación de El Ceremeño es la presencia de un potente muro de cierre perimetral. Una estructura que, por inercia, todos denominamos muralla y consideramos evocadora de conflictividad bélica —a partir de su función "defensiva". Pero esto no tuvo porqué ser necesariamente así, y existen varios argumentos para mantenerlo. En primer lugar resulta obvio que, conforme a la tecnología bélica de aquellos momentos, no era necesaria para defenderse una inversión de recursos materiales y humanos como la que requiere esa construcción. Por otra parte, aunque algunos autores asuman que la guerra fue aparentemente endémica en muchas sociedades de la Edad del Hierro (Collis 2001: 88), por lo que respecta a los pueblos prerromanos del interior peninsular carecemos —salvo en algunos contextos específicos como es el caso de la Crisis del Ibérico Antiguo o las Guerras Celtibéricas— de pruebas fehacientes de la que tal actitud fuese una práctica generalizada.

A la hora de interpretar este tipo de construcciones, hemos de partir de la base de que la belicosidad no tiene porqué expresarse necesariamente en términos de violencia y agresión física, sino a través de otros comportamientos como la ostentación y amenaza ritualizadas planteadas como un acto disuasorio (Sharples 1991: 87). De la misma forma, hemos de tener en cuenta que la belicosidad y el conflicto armado pueden adoptar entre los grupos humanos fisonomías muy diferentes: algunas actitudes de agresión real no dejan rastro físico, mientras que en otras ocasiones se utiliza un gran despliegue material para mantener actitudes básicamente simbólicas. Por lo tanto deberíamos ser cuidadosos en no confundir la guerra con la tensión social o, incluso, con códigos no verbales transmisores de mensajes no necesariamente agresivos.

En sintonía con este último aspecto, no podemos olvidar que murallas como las de El Ceremeño son sólo una parte de un *entorno construido* que, como hemos visto, consta además de otros elementos como son áreas de vivienda, de almacenamiento y de otras actividades productivas; unos elementos

que, en conjunto o por separado, pueden convertirse en recursos mnemotécnicos para fijar las pautas de comportamiento y garantizar la estabilidad social de la comunidad que lo habita (Rapoport 1998: 462). Desde esta perspectiva, la delimitación del espacio habitado mediante barreras arquitectónicas proporciona un alto grado de cohesión interna, tanto urbanística como ideológica (Parceró Oubiña 1995, 138), hasta el punto de que, sin rechazar su valor como recurso defensivo de primer orden, estos sistemas de cierre pueden convertirse en recurso simbólico cuya función pudo evolucionar desde, o pudo oscilar entre, la de aislamiento social a la de indicador de estatus. En el primer caso actuarían como un *limes* entre un mundo exterior –ajeno a la comunidad– y otro interior –propio de la comunidad– definiendo una línea de exclusión demarcadora de grupos sociales concretos (Hingley 1990; Fernández Posse y Sánchez Palencia 1998: 129); en el segundo formarían parte de un código de comunicación no verbal para expresar el estatus de la comunidad residente en el seno de un marco social de mayor cobertura territorial (Bowden y McOmish 1987: 77; Myrtum *et al.* 1996).

Desde este punto de vista, el conjunto constituido por ese muro perimetral y los elementos arquitectónicos emplazados a su interior permite establecer no sólo varias categorías en los significados del espacio construido, sino también diferencias diacrónicas en los principios organizativos en los que se basa (Fig. 4).

En la fase Ceremeño I, el espacio construido se desarrolla a partir de un *principio de concentricidad* (Fig. 4A), a través del cual quedan establecidas al menos tres categorías:

- *El ámbito colectivo*, representado por el espacio libre de construcciones existente en el centro del asentamiento y, posiblemente, por el espacio de uso ceremonial que se ha creído identificar en la “Vienda H”.

- *El ámbito privado y semi-privado*, constituido por las zonas de vivienda en sentido estricto –descanso, reunión, preparación y consumo de alimentos, etc.– y las áreas de significado básicamente económico y subsistencial. La exclusividad de cada una de estas unidades dependerá del uso –o usos– que tuvieran, generándose un *gradiente de privacidad* comprendido entre la más estricta intimidad del lecho conyugal, por ejemplo, hasta las áreas de establo y almacén; unas instalaciones éstas últimas que, por el momento, desconocemos si fueron para el uso exclusivo de una única unidad familiar o tuvieron un carácter más comunitario.

- *El Limes* (muralla) que cohesiona a los dos anteriores y los individualiza de otros poblados o “emplazamientos comunitarios”, propios o ajenos.

En el plano simbólico, y como complemento a la función limitadora ejercida por la muralla, hay que tener en cuenta el espacio abierto de la zona central del poblado. Al contrario de lo que ocurre en otros círculos culturales de la Europa protohistórica (Giles y Parker Pearson 1999; Parker Pearson

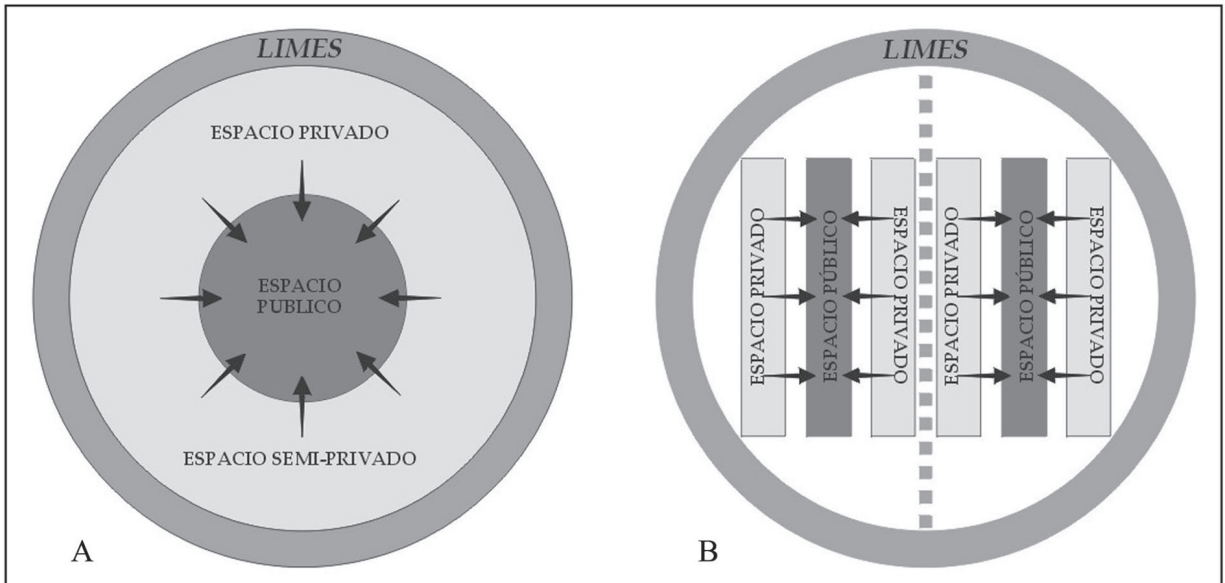


Fig. 4. Esquemas de organización del espacio construido en El Ceremeño: Fase Ceremeño I (A) y Fase Ceremeño II (B).

2001), la orientación de las entradas a los edificios no sigue un patrón astronómico definido (Rodríguez-Calderot *et al.* 2006), sino que se abren invariablemente a ese espacio, que se convierte en el centro del microcosmos representado por el asentamiento, en el punto focal de una serie de construcciones —y todas las representaciones mentales que contienen— al que están deliberadamente abiertos o deliberadamente encubiertos.

En este contexto, la vinculación de distintos habitáculos a una única unidad familiar que se ha propuesto en epígrafes anteriores implica una reducción del número total de unidades residenciales presentes en Ceremeño I. Extrapolando los datos obtenidos en el área excavada a la totalidad del asentamiento, podrían estimarse en cinco o seis a lo sumo, de lo que se desprende que las tensiones entre comunidad y unidad familiar debieron ser relativamente bajas; un hecho deducible, en primera instancia, del aparente equilibrio generado entre los espacios comunales y familiares. Se visualiza así un entorno en el que las relaciones sociales pueden ser fluidas y con un alto grado de contacto interpersonal e intergrupar, de forma que es previsible que se desarrollase una codificación relativamente sencilla y, sobre todo, inteligible para todos los miembros de la comunidad.

En la fase Ceremeño II, vemos que el anterior *principio de concentricidad* queda sustituido por un *principio de linealidad* (Fig. 4B), mediante el que las zonas de carácter comunal se materializan en calles rectas a las que se abren las entradas de los edificios. Si volvemos a observar la figura 1, podremos advertir cuatro novedades respecto a la fase anterior:

a) En este momento la superficie construida experimenta un significativo incremento en detrimento de los espacios de uso potencialmente comunal.

b) El espacio habitado se divide en dos agrupaciones de edificios perfectamente diferenciadas, con una escasa e incluso nula relación visual mutua y, en consecuencia, un descenso de la comunicación directa paralelo a un incremento de la fragmentación y el hermetismo social.

c) Se observa un incremento de la estandarización modular en el plano arquitectónico, mediante la que los espacios de actividad económica parecen ganar protagonismo, sin que podamos determinar el grado de privacidad que tuvieron.

d) Se construyen en distintos puntos del asentamiento estructuras de significado distinto al habitacional o productivo. En el ángulo noroeste del

recinto, y alojada en el acodamiento de la muralla entonces construido, se levantó una estructura de gran envergadura que podría interpretarse bien como un reforzamiento de los dispositivos de defensa, bien como la aparición de edificios de uso colectivo como podrían ser graneros u otras instalaciones de significado económico. Igualmente, en el ángulo suroeste se construyó una plataforma de piedra que ha sido interpretada como el basamento de una torre. Las excavadoras han otorgado a estas estructuras un carácter básicamente defensivo que, en primera instancia, estaría indicando un aumento de la tensión interna y/o externa. Pero ante esta posibilidad, cabe plantearse una reflexión: si en momentos anteriores la muralla fue suficiente para defender el asentamiento, por qué ahora se levantan estos elementos accesorios... ¿estuvieron realmente destinados a contrarrestar amenazas externas o, por el contrario, fueron instrumentos de coacción dirigida al interior del poblado y/o incluso a un reforzamiento de los aspectos monumentales del enclave de cara al exterior?

Estos cambios en los principios organizativos del espacio construido suponen una reducción del espacio comunal disponible paralela a fragmentación del mismo, lo que pudo acarrear dos consecuencias: en primer lugar la pérdida del referente simbólico de *punto focal unitario* que el anterior espacio central proporcionaba a la comunidad; en segundo, un incremento de la disociación social y con él, de la complejidad de los códigos de conducta necesarios para la coexistencia del grupo.

A diferencia de la fase anterior, ahora se percibe un desequilibrio entre los espacios dedicados a uso comunal y aquellos de carácter privado, lo que podría interpretarse como un aumento de la tensión entre comunidad y unidad familiar, con un balance positivo para ésta última.

Aumenta la fragmentación grupal y, con ella, el grado de complejidad social y simbólica ya que, como señala Rapoport (1998: 489), conforme aumenta el número de grupos y su heterogeneidad, se diversifican y complican los códigos cognitivos y, por extensión, las relaciones entre los individuos y los espacios que ocupan. Esto conduce a una organización espacial más compleja, basada en nuevos vínculos y separaciones que necesitan ser fijados mediante indicadores tanto físicos como mentales más fuertes y manifiestos. Expresado en términos sencillos, es previsible que, respecto a etapas anteriores, en la fase Ceremeño II los códigos de “*prohibido el paso*”, “*eso que has hecho está muy feo*”

o “no llevas la indumentaria apropiada para el momento” se multiplicasen e incluso endureciesen.

2.2. Poblado y comunidad

De la misma forma que a nivel interno se pueden rastrear diversos conceptos y usos del espacio construido por parte de la comunidad residente en un poblado, las cambiantes relaciones que varios de aquellos asentamientos mantuvieron entre sí y con el paisaje circundante a lo largo del tiempo permiten detectar variaciones en sus mecanismos de regulación social en un ámbito que podríamos consi-

derar, al menos, microregional. En este sentido, El Ceremeño vuelve a aportar una valiosa información, ya que al considerar los vínculos que el sitio guarda con los enclaves circundantes (Fig. 5) se hacen evidentes varios detalles:

a) Durante el siglo VI a.C. se registra un patrón de asentamiento en el que El Ceremeño parece ser la residencia de un grupo social independiente. Existe en estos momentos una relación directa poblado-necrópolis, evidente a partir del correlato tanto cronológico como tecnológico existente entre el asentamiento y la necrópolis de El Molino (Cerdeño *et al.* 2002); una relación que genera un eje simbólico en torno al cual se pudo vertebrar el

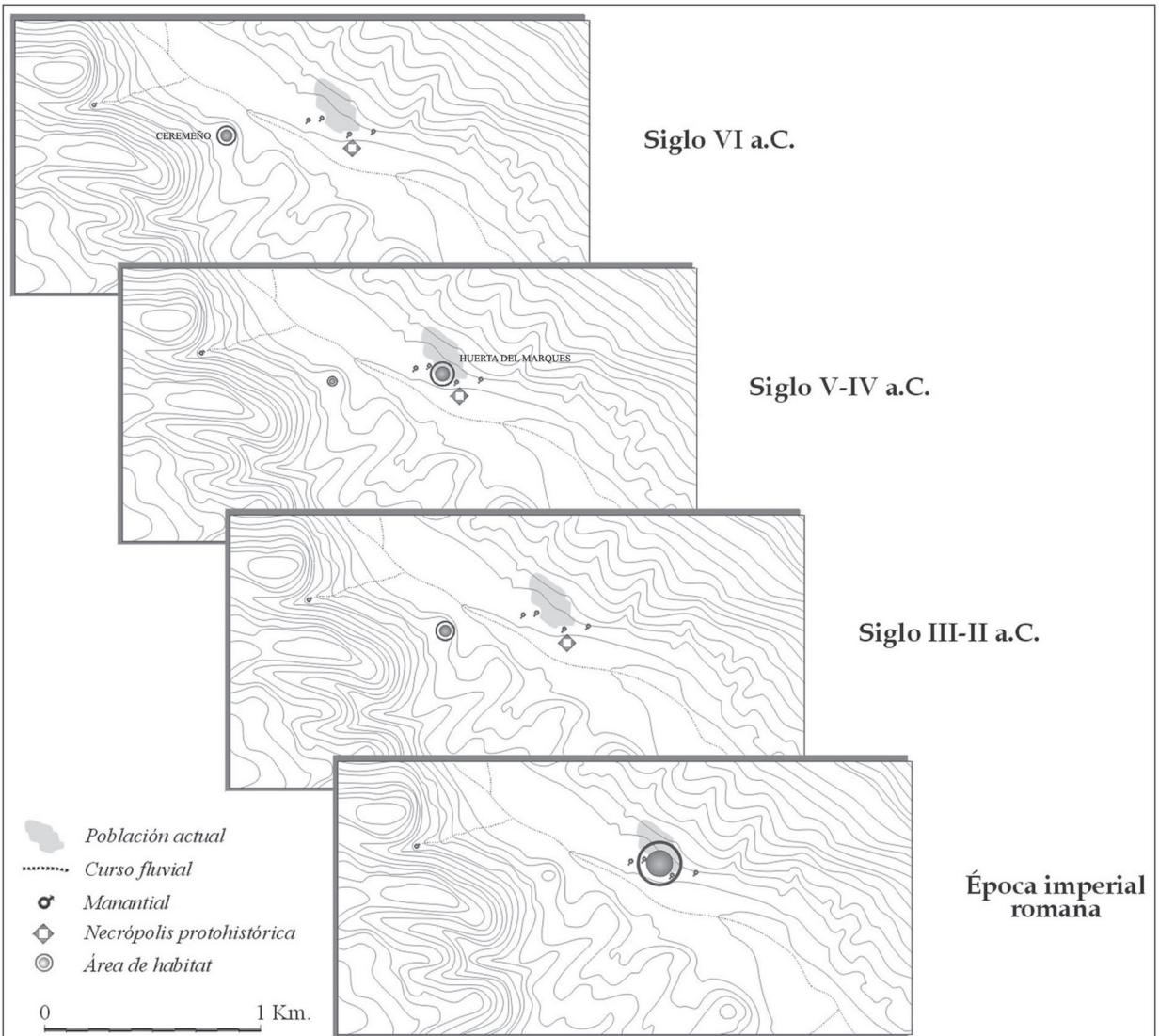


Fig. 5. Esquema diacrónico de los modelos de poblamiento en el microentorno de El Ceremeño.

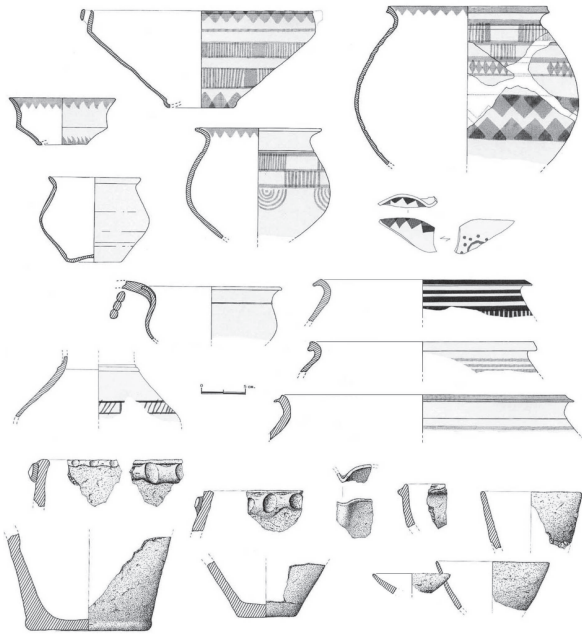


Fig. 6. Material cerámico procedente de La Huerta del Marqués (a partir de Arenas 1988).

territorio de la comunidad. El hecho de que la necrópolis contenga fases anteriores a Ceremeño I muestra con claridad que existieron otros patrones de asentamiento distintos al que se generalizará durante la Edad del Hierro que, por el momento, no han sido detectados.

b) Durante los siglos V-IV. a.C. aparece el asentamiento de La Huerta del Marqués (4): de mayores dimensiones, mejor abastecido de agua y terrenos cultivables, y con un equipamiento mobiliario (Fig. 6) aparentemente más rico que los exiguos restos documentados en El Ceremeño datables en esos momentos.

La escasa entidad de la ocupación que El Ceremeño parece haber tenido en aquel periodo no deja de ser sospechosa. En principio, el asentamiento podría haber desempeñado un papel subordinado respecto a La Huerta del Marqués, bien actuando

(4) La Huerta del Marqués es un yacimiento descubierto a principios de la década de 1980 durante las obras de instalación de una nueva red hidráulica. Aunque nunca ha sido excavado sistemáticamente, los datos recavados en su momento (Arenas 1988) indican que se trata de un asentamiento de considerables proporciones, dotado de edificios realizados en piedra y con un rico contenido mobiliario datable entre los siglos V y IV a.C. El posterior descubrimiento de la necrópolis de El Molino (Cerdeño *et al.* 2002) a escasos 400 metros del asentamiento, y la constatación en ella de una fase de enterramientos cronológicamente equiparable, deja constancia de la utilización del cementerio por parte de los habitantes de la Huerta del Marqués.

como la residencia de un grupo familiar reducido o, más probablemente, como una instalación de carácter complementario a las actividades desarrolladas por el asentamiento en llano. Pero también podría interpretarse como una ocupación oportunista –reocupación de unas ruinas por un grupo con un poder adquisitivo limitado–, producto de la segregación social –aparición de pautas de exclusión respecto a la comunidad troncal que afectan a un segmento o grupo social concreto– e incluso simbólica, desde el momento que pudo actuar como hito o referente consuetudinario de la comunidad asentada en aquel entorno. En cualquier caso, esta circunstancia, indica una diversificación topográfica y aparentemente funcional del hábitat, a la vez que, a nivel estrictamente local, podrían empezar a reconocerse con nitidez diferencias jerárquicas.

Ahora el vínculo poblado-necrópolis es más complejo ya que, aparentemente, un mismo cementerio –la necrópolis de El Molino– va a ser utilizado por más de un asentamiento –en este caso, El Ceremeño y La Huerta del Marqués–. Este es un fenómeno que ya ha sido reconocido en el entorno próximo (Arenas y Cortés 1994), y en el caso de Herrería cobra visos de verosimilitud desde el momento que no se ha localizado otro lugar de enterramiento en las inmediaciones y que los equipamientos materiales de los tres enclaves son totalmente coherentes.

Ante esta situación, se podría pensar en la aparición de un patrón de poblamiento diversificado, en el que el enclave preeminente habría sido La Huerta del Marqués, en virtud de sus mayores dimensiones, accesibilidad a recursos hídricos, vías de comunicación y terrenos agrícolas, riqueza material, etc. En este contexto, pudo operarse una multiplicación de los códigos reguladores del espacio social, pues pasaría a estar estructurado por unas reglas más complejas y, desde luego, más opacas para los miembros no pertenecientes a esa comunidad.

c) Para el periodo comprendido entre los siglos III y II a.C. no tenemos constancia de ocupación en La Huerta del Marqués, lo que unido a la importante remodelación urbanística que experimenta El Ceremeño, indica que éste vuelve a tomar protagonismo en el esquema de poblamiento local. Si abriésemos un poco el zoom en nuestro campo de análisis, observaríamos que en estos momentos convergen dos fenómenos de amplia cobertura territorial: por una parte se registra una notoria estandarización de los esquemas urbanísticos, que a partir de ahora y hasta la intervención de Roma en la zona, se basa

rán en las agrupaciones de habitáculos rectangulares con el módulo constructivo homogéneo que podemos observar en Ceremeño II; por otra, tiene lugar un incremento de la diversificación morfológica, que a partir de entonces se va a materializar no solo en la disparidad de los tamaños de los asentamientos en altura, sino también en la proliferación de pequeños enclaves, muchos de ellos en terrenos llanos y con una clara especialización funcional (Arenas 1999a). Este fenómeno podría ser interpretado como la consolidación de un proceso –ya iniciado en fases anteriores– de *fragmentación* de la comunidad, que ahora se extenderá hasta abarcar varios enclaves y un territorio más amplio. En el plano simbólico es previsible que tuviese lugar una progresiva complicación de los códigos de articulación social, que ahora podrían haber quedado condicionados por la aparición de subgrupos vinculados a cada una de las unidades de asentamiento en las que se ha segmentado la comunidad.

d) Por último, ya en época imperial romana, vemos como el poblamiento se vuelve a concentrar sobre el antiguo emplazamiento de La Huerta del Marqués, desapareciendo todo rastro de ocupación en los otros asentamientos previamente habitados. Lo mismo ocurre con el vínculo poblado-necrópolis, que a partir de entonces queda roto ya que la necrópolis de El Molino se abandona (5). Esta situación indica una profunda ruptura con las etapas precedentes, paralela a la cristalización de una nueva coyuntura social que conocemos bajo el nombre de Romanización. La comunidad se radica ahora en un espacio de nueva configuración y estará regida por nuevas pautas sociales y simbólicas insertas en –y en cierto modo impuestas por– una organización de tipo abiertamente estatal.

3. HACIA MODELOS DIACRÓNICOS DE COBERTURA REGIONAL

En los párrafos precedentes he planteado algunos aspectos que surgen del análisis del espacio construido de un pequeño poblado de la Edad del Hierro

(5) Las excavaciones practicadas hasta el momento en la necrópolis de El Molino de Herrería no han mostrado evidencias de su utilización en época imperial Romana. Por el contrario, y aunque por el momento se encuentren inéditas, las evidencias epigráficas de esta época halladas en otra zona de la localidad de Herrería, hacen pensar en la aparición de una nueva necrópolis, en un nuevo emplazamiento, donde se desarrollaron formas de enterramiento y rituales funerarios totalmente distintos a los utilizados en la necrópolis indígena.

situado en el oriente meseteño. Soy consciente de la novedad y, por lo tanto, de lo arriesgado de algunas de las propuestas formuladas, pero también lo soy de que responden a la necesidad de conceder a sus ocupantes un mínimo grado de autonomía y, sobre todo, de protagonismo en la construcción de su cultura. La tradición investigadora dedicada a este tema, en la que yo me incluyo, los ha reducido a meros objetos productores de cerámicas, espadas y fibulas, y ha olvidado que su cometido esencial es indagar en la forma de pensar, de interrelacionarse y de desenvolverse en el medio físico en el que vivieron aquellas gentes. La realidad es que tanto los códigos de comunicación como las motivaciones que les impulsaron a desarrollarlos fueron diferentes a los nuestros, y al abordar el ejercicio teórico y metodológico de situarlos al margen de nuestros esquemas de pensamiento actual, queda de manifiesto que estamos tratando con grupos que no razonaron como nosotros, de la misma forma que hoy día los miembros de las sociedades preindustriales supervivientes tampoco lo hacen.

En sus rasgos más generales, los dos modelos de poblamiento registrados en El Ceremeño pueden ser considerados como el resultado de un acto premeditado, que hubo de requerir un cálculo previo del espacio para albergar a un número concreto de personas y actividades. Una de sus características más notorias –y que comparte con el resto de los poblados prerromanos de la Meseta oriental– es que su perímetro no muestra ampliaciones, lo que ha sido interpretado como la expresión material de un sistema social de tipo segmentario vertebrado por formas de parentesco genealógico (Ortega 1999b: 433 y s.s.; Burillo y Ortega 1999: 130). Por otra parte, al admitir que el tipo de edificios que contienen sólo fueron aptos para alojar a grupos limitados –en los que se ha creído identificar a la familia nuclear de tamaño restringido; *vid.* Ortega 1999a, 113–, se empieza a vislumbrar un esquema organizativo que, a través de su manifestación arquitectónica, se materializa en una sectorización de las actividades y roles ejercidos por cada uno de los miembros del grupo: ámbitos de uso preferentemente masculino o femenino, espacios conjuntos como son las áreas de preparación y consumo de alimentos, e instalaciones accesorias como establos y corrales, cuyo funcionamiento quedó regulado por una serie de códigos de comportamiento fijados en la conciencia colectiva.

Pero dentro de este marco general, cabría proponer algunas reflexiones:

En primer lugar, en la fase Ceremeño I la residencia de una unidad familiar no parece estar radicada sólo en uno de los habitáculos que han sido identificados como “viviendas”, sino que abarcaría varios de ellos. Esto plantea una cuestión importante: si las construcciones individuales no son viviendas, los cálculos demográficos efectuados deberían contemplarse con cautela ya que podrían verse afectados a la baja. Tales cálculos se desprenden de la aplicación de tres fórmulas distintas sobre un número estimado de 19 habitáculos/“viviendas”, lo que da como resultado, según el método utilizado, 177, 51 o 73 habitantes (Cerdeño y Juez 2002: 56 y ss.). Pero, si como propongo, varios de estos espacios pudieron haber sido utilizados simultáneamente por un grupo familiar en función de sus necesidades inmediatas, el número de viviendas estimable sería sensiblemente menor e inversamente proporcional al espacio requerido por habitante, de lo que resultaría que un poblado como El Ceremeño podría haber albergado mucha menos gente de la que se ha propuesto.

Esta última posibilidad nos remite de nuevo a la pregunta de cuales fueron el origen, significado y función de sus imponentes murallas. Si, como he planteado, para su defensa no habría sido necesaria una obra de tanta envergadura, ¿estamos acaso ante un ejemplo de consumo conspicuo? Pienso que es muy posible, sobre todo teniendo en cuenta que hace ya tiempo que se reconocieron indicios de este tipo de estrategia social en contextos coetáneos del entorno de El Ceremeño, como es la primera fase de utilización de la necrópolis de La Cerrada de los Santos (Arenas y Cortés 1994). Desde esta perspectiva, pienso que murallas monumentales como la de El Ceremeño pudieron actuar como un símbolo físico y perdurable de la capacidad de acción del grupo que las construyó, a través de su dimensión material y de la visibilidad derivada de su monumentalidad.

Por una parte, se podría pensar que en aquella fase el “mundo particular” de la comunidad quedó configurado por el espacio central del poblado, su entramado urbanístico y la muralla, tras la que comenzaba “lo ajeno”. Pero la previsible -y necesaria- configuración de diversos espacios productivos en las inmediaciones del asentamiento junto a la instalación de su necrópolis a tan sólo unos centenares de metros fuera del recinto amurallado, ponen de manifiesto un concepto del espacio -tanto simbólico como práctico- mucho más elaborado; un concepto definido por la polaridad existente entre

el *mundo de los vivos*, de la realidad cotidiana representada por aquella muralla y todas las actividades se desarrollan dentro o fuera de ella, y *el mundo de los ancestros* representado por la necrópolis y, más específicamente, por el paisaje funerario que ostentó; ancestros que actúan como referentes simbólicos en el proceso de autoafirmación de la comunidad en el ámbito genérico de la construcción de la cultura.

Estos fenómenos se podrán entender mejor si tenemos en cuenta que la fase Ceremeño I queda inserta en el periodo formativo de las culturas protohistóricas del oriente meseteño. Esto quiere decir que nos encontramos ante una sociedad en proceso de consolidación, involucrada en la creación de nuevos espacios sociales que es necesario delimitar simbólica y físicamente, lo que exige un importante caudal de energía en la compartimentación y apropiación del paisaje para definir ámbitos territoriales específicos y, por tanto, la entidad social de cada comunidad

En la fase Ceremeño II parece percibirse un uso mucho más intensivo del entorno construido. Este fenómeno se inserta en un contexto en el que, según los datos aportados por la mayoría de las necrópolis excavadas en la zona, ya no se invierten ajuares metálicos ni se sacrifican animales en los rituales funerarios, sino que se hacen libaciones y se utilizan otro tipo de productos secundarios (6). Las formas de vida cotidiana parecen ser más estandarizadas, según se percibe en una homogeneización de los tipos cerámicos, de los módulos constructivos y urbanísticos, etc., de la misma manera que las reglas sociales junto con los códigos de comunicación que las regulan parecen haber cambiado. Una relativa aglomeración humana y la inflación del suelo edificable debió generar tensiones sociales -no sólo entre unidades familiares, sino también entre éstas y la comunidad en su conjunto- y las correspondientes reacciones para neutralizarlas. En esta fase, el “mundo particular” de la comunidad se fragmenta, quedando a merced de dos vectores: uno interno, propio de la entidad grupal que habita un asentamiento concreto, y otro externo, impuesto y/o regulado por el microsistema de asentamientos por los que se ha extendido esa comunidad.

Ya se ha apuntado la posibilidad de que los códigos de comunicación no verbal, los tabúes y otros

(6) Este fenómeno se observa con nitidez al comparar los rituales funerarios llevados a cabo en las dos fases de enterramiento documentadas en La Cerrada de los Santos de Aragoncillo (Arenas y Cortés 1994).

recursos simbólicos necesarios para la regulación social se hiciesen más complejos. Y es precisamente en este ámbito ideológico en el que podrían encajar las estructuras turriformes que aparecen en la última fase de ocupación de El Ceremeño; unos elementos desde luego extraños e intrusivos en el espectro de actividades domésticas que pudieron llevarse a cabo en el asentamiento, y a las que cabría asignar dos funciones: en primer lugar la elemento para *ordenar lo exterior*, a través de su carácter utilitario –defensivo y/o disuasivo– y a la vez simbólico –recurso monumental–; en segundo, la de recurso para *ordenar lo interior*, por medio del papel coercitivo que su mera presencia podría haber representado... Son dos posibilidades a priori no excluyentes entre sí, que ganan plausibilidad al evocar el aspecto y la función que por ejemplo tuvieron las picotas y cadalsos erigidos en los lugares visibles de las aldeas medievales.

Del éxito conseguido mediante estas estrategias poco se puede decir por ahora, pero quizá pueda aportar alguna pista la aludida *fragmentación* de la comunidad; un fenómeno que, curiosamente, es paralelo a la aparición de la ciudad como elemento rector del poblamiento prerromano del oriente meseteño y el valle del Ebro al menos desde principios del siglo III a.C. Del mismo modo, también pueden ser indicativos de un eventual desenlace otros dos hechos: que aquellas ciudades se nutren de importantes fenómenos de sinecismo (Burillo 1998: 255 y s.s., 2003) y que a partir de entonces va a quedar claramente definido un ámbito que podríamos considerar rural en oposición al, o mejor dicho, interconectado con el modelo urbano representado por las ciudades emergentes en los cercanos valles del Ebro y el Tajo (Arenas y Taberner 1999).

De momento, sólo espero que este trabajo haya contribuido a aproximarnos un poco a ese nirvana arqueológico que J. Ortega reclama (1999a: 104) y en el que el estudio del *espacio doméstico debiera analizar la lógica de las relaciones entre la vivienda, la casa, las redes de parentesco, la familia, la división sexual y de edades en el espacio, el hogar, la construcción ideológica de la privacidad, los procesos de trabajo dentro de la vivienda, etc.*

BIBLIOGRAFÍA

ARENAS, J.A. 1988: “El poblado celtíbero-romano de “La Huerta del Marqués” (Herrería, Guadalajara)”. *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, Tomo IV. Romanos y Visigodos: Hegemonía cultural y cambios*

- sociales*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha (Ciudad Real 1985): 171-181. Ciudad Real.
- 1999a: *La Edad del Hierro en el Sistema Ibérico Central, España*. B.A.R., International Series S780. Oxford.
 - 1999b: “Comercio protohistórico: líneas de contacto entre Levante y el Sistema Ibérico”. En F. Burillo (coord.): *IV Simposio sobre Celtíberos: Economía* (Daroca 1997): 301-309. Zaragoza.
- ARENAS, J.A. y CORTÉS, M.L. 1994: “Mortuary rites in the Celtiberian cemetery of Aragoncillo (Guadalajara, Spain)”. En W. H. Waldren et alii (eds.): *Ritual, Rites and Religion in Prehistory*. IIIrd Deya International Conference of Prehistory (Deyá 1993). B.A.R., International Series 611. II. Oxford.
- ARENAS, J.A. y TABERNERO GALÁN, C. 1999: “Medio urbano-Medio rural: la configuración de dos mundos en la Celtiberia Citerior”. En F. Burillo (coord.): *IV Simposio sobre los Celtíberos: Economía* (Daroca 1997). Institución Fernando el Católico: 527-535. Zaragoza.
- ARNANZ, M. 2002: “Macrorrestos vegetales de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)”. En M.L. Cerdeño y P. Juez (eds.): *El Castro Celtibérico de “El Ceremeño” (Herrería, Guadalajara)*. Seminario de Arqueología y Etnología Turolense y Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Teruel: 133-137.
- BARRET, J. 1999 [1ª edición 1994]: “Defining domestic space in the Bronze Age of Southern Britain”. En M. Parker Pearson y C. Richards (eds.): *Architecture and Order: Approaches to Social Space*. Routledge. London: 87-97.
- AYÁN VILA, X.M. 2003: “Arquitectura como tecnología de construcción de la realidad social”. *Arqueología de la Arquitectura* 2: 17-24.
- BERROCAL-RANGEL, L. 1994: *El altar prerromano de Capote. Ensayo etno-arqueológico de un ritual céltico en el suroeste peninsular*. Universidad Autónoma de Madrid.
- BOWDEN, M. y McOMISH, D. 1987: “The required barrier.” *Scottish Archaeological Review* 4: 76-84.
- BURILLO, F. 1998: *Los Celtíberos. Etnias y Estados*. Crítica. Barcelona.
- 2003: “Segeda, Arqueología y Sinecismo”. *Archivo Español de Arqueología* 76: 193-215.
- BURILLO, F. y ORTEGA, J. 1999: “El proceso de formación de las sociedades campesinas en el Sistema Ibérico (1400-400 a.C.): algunas consideraciones acerca del concepto de “ruptura””. En J.A. Arenas y M.V. Palacios (eds.): *El Origen del Mundo Celtibérico*. Ayuntamiento de Molina de Aragón. Guadalajara: 123-140.
- CERDEÑO, M.L. y JUEZ, P. 2002: *El Castro Celtibérico de “El Ceremeño” (Herrería, Guadalajara)*. Seminario de Arqueología y Etnología Turolense y Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Teruel.
- CERDEÑO, M.L.; MARCOS, F. y MÁRTENS, G. 2002:

- “Primeras noticias sobre la necrópolis de Herrería (Guadalajara)”. En E. García Soto y M. A. García Valero (eds.): *Actas del Primer Simposio de Arqueología de Guadalajara*. II. (Sigüenza 2000). Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha: 425-434. Madrid.
- COLLIS, J. 2001: “Hill-forts, enclosures and boundaries”. En T.C. Champion y J. Collis (eds.): *The Iron Age in Britain and Ireland: Recent Trends*. J.R. Collis Publications: 87-94. Sheffield.
- CRiado BOADO, F. 1993: “Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje”. *Spal* 2: 2-55.
- 1999: *Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje*. Colección CAPA 6. Laboratorio de Arqueología e Formas Culturais. Santiago de Compostela.
- DOUGLAS, M. 1972: “Symbolic orders in the use of domestic space”. En P.J. Ucko, R. Tringham y G.W. Dimbleby (eds.): *Man, Settlement and Urbanism*. Duckworth: London: 13-22.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. y SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. 1998: “Las comunidades campesinas en la cultura castreña”. *Trabajos de Prehistoria* 55 (2): 127-150.
- GILES, M. y PARKER PEARSON, M. 1999: “Learning to Live in the Iron Age: dwelling and praxis”. En B. Bevan (ed.): *Northern Exposure: interpretative devolution and the Iron Ages in Britain*. Leicester Archaeology Monographs 4. University of Leicester. Leicester: 217-231.
- HERNANDO, A. 1999: “El espacio no es necesariamente un lugar: en torno al concepto de espacio y sus implicaciones en el estudio de la Prehistoria”. *Arqueología Espacial* 21: 7-27.
- HINGLEY, R. 1990: “Domestic organization and gender relations in Iron Age and Romano-British households”. En R. Samson (ed.): *The social archaeology of houses*. Edimburg: 125-147.
- INGOLD, T. 1992 [1ª edición 1992]: “Culture and the Perception of the Environment. Culture, environment and development”. En E. Croll, y D. Parkin (eds.): *Bush Base: Forest Farm*. Routledge. London-New York: 39-56.
- KENT, S. 1993 [1ª edición 1990]: “Activity and architecture: an interdisciplinary view of the relationship between use of space and domestic built environments”. En S. Kent (ed.): *Domestic architecture and the use of space*. Cambridge University Press. Cambridge: 1-8.
- MYRTUM, H.; GATHERCOLE, C. y FENWICK, H. 1996: “Hillfort sitting and monumentality: Castell Henllys and geographical information systems”. *Archaeology in Wales* 36: 3-10.
- ORTEGA, J. 1999a: “Microespacio y Microhistoria: La Arqueología del espacio doméstico”. *Arqueología Espacial* 21: 101-115.
- 1999b: “Al margen de la <<identidad cultural>>: historia social y económica de las comunidades campesinas celtíberas”. En F. Burillo (coord.): *IV Simposio sobre Celtíberos: Economía* (Daroca 1997). Institución Fernando el Católico: 417-452. Zaragoza.
- PARCERO OUBIÑA, C. 1995: “Elementos para el estudio de los paisajes castreños del noroeste peninsular”. *Trabajos de Prehistoria* 52(1): 127-144.
- 2002: *La construcción del paisaje social en la edad del Hierro del Noroeste Ibérico*. Instituto de Estudios Gallegos Padre Sarmiento (CSIC-Xunta de Galicia). Ortigueira.
- PARKER PEARSON, M. 2001: “Food, fertility and front doors in the first Millennium BC”. En T.C. Champion y J.R. Collis (eds.): *The Iron Age in Britain and Ireland: Recent Trends*. J.R. Collis Publications. Sheffield: 117-132.
- PARKER PEARSON, M. y RICHARDS, C. 1999a [1ª edición 1994]: “Ordering the world: Perceptions of architecture, space and time”. En M. Parker Pearson y C. Richards (eds.): *Architecture and order: Approaches to Social Space*. Routledge. London-New York: 1-37.
- 1999b [1ª edición 1994]: “Architecture and Order: spatial representation and archaeology”. En M. Parker Pearson y C. Richards (eds.): *Architecture and Order: Approaches to Social Space*. Routledge. London-New York: 38-72.
- RAPOPORT, A. 1993 [1ª edición 1990]: “Systems of Activities and Systems of Settings”. En S. Kent (ed.): *Domestic Architecture and the Use of Space*. Cambridge University Press. Cambridge: 9-20.
- 1998: “Spatial organization and the built environment”. En T. Ingold (ed.): *The Companion Encyclopedia of Anthropology*. Routledge. London-New York: 460-502.
- RODRÍGUEZ-CALDEROT, G. et alii 2006: “Observaciones topoastronómicas en la Zona Arqueológica de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)”. *Complutum* 17: 133-143.
- SANDERS, D. 1993 [1ª edición 1990]: “Behavioral conventions and archaeology: methods for the analysis of ancient architecture”. En S. Kent (ed.): *Domestic Architecture and the Use of Space*. Cambridge University Press. Cambridge: 43-72.
- SHARPLES, N. 1991: “Warfare in the Iron Age of Wessex”. *Scottish Archaeological Review* 8: 79-89.
- VALDÉS, M.V. 2002: “Análisis químico de los sedimentos, realizado con muestras del castro “El Ceremeño” (Guadalajara)”. En M.L. Cerdeño y P. Juez (eds.): *El Castro Celtibérico de “El Ceremeño” (Herrería, Guadalajara)*. Seminario de Arqueología y Etnología Turulense y Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Teruel: 159-167.